

EL NÚMERO  
5 CENTIMOS

# La Voz de Guipúzcoa

Año XII

Diario republicano

EL NÚMERO  
5 CENTIMOS

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

SAN SEBASTIÁN: tres meses, cuatro pesetas seis meses, cinco pesetas un año, diez y seis pesetas — PROVINCIA: tres meses, cuatro pesetas cinco centimos seis meses, nueve pesetas; un año, diez y seis pesetas — BILBAO: tres meses, cuatro pesetas; un año, diez y seis pesetas — y ocho francos — URGELAMA: un año, treinta pesetas. — Si no fuese renovada la suscripción, se dejará de servir al periódico a los veinte días de terminada. — Número cinco centimos. — Número siete, veinte y cinco centimos. — PAGO ADELANTEADO.

Cognacs Societé Centrale  
AMIL HERMANOS (Zamarraga)

## CRONICA DEL DIA

Una noticia grave nos comunicó ayer nuestro corresponsal.

La de que, según se asegura en Madrid, el gobierno de los Estados Unidos ha pasado al nuestro una nota invitándole a que envie mayores fuerzas a Cuba, porque aquella nación no puede consentir que la Isla se pierda para la civilización.

La noticia es de sensación. Ni la creemos ni dejamos de creerla.

Creemos al gobierno yankee capaz de ese exabrupto, y al nuestro capaz de callarse.

Si aquí hubiera un gobierno verdaderamente español, á las reclamaciones de los Estados Unidos se hubiera contestado como se debe, y á las referentes al *Competitor*, fusilando á los norteamericanos que conducía á bordo.

Seguramente que los matasietas americanos se hubieran callado viéndoles resultados á todos, mientras que siguen reclamando porque no nos van resultados á nadie.

¿Qué sucedió en 1873 con el *Vigilium*?

Convienen recordarlo, ya que estos días se ha recordado.

Chundo el apresamiento del *Vigilium* estaba de gobernador de Santiago de Cuba el general Burriel, y entre los expedicionarios que á acercar la insurrección llevaba aquel barco había varios norteamericanos. Se formó á todos consejo sumarísimo, y algunos fueron condenados á muerte. El comandante de un buque de guerra americano dijo que se interpondría con sus cañones al cumplimiento de la sentencia. Contestó Burriel que por delante del buque pasaran los reos antes de ser fusilados, y así lo hizo.

Después se presentó en el puerto una escuadra de la República, compuesta de seis ó siete buques, y el comandante de la capitana pidió á Burriel la entrega de los prisioneros que quedaban en espera de sentencia, y Burriel se negó á entregarlos. El cable estableció interrumpido y no había comunicación con la Habana ni con Madrid; por consiguiente Burriel obraba por sí y ante sí.

Dijo el comandante americano horas de término para la entrega de los prisioneros, amenazando con un bombardero si no se lo satisfacía su petición. Y Burriel, resuelto á todo, como español de pura raza, ordenó desmontar las piezas de los cañones que habían en báculo y los puso en los sitios convenientes para contestar á la escuadra americana. Atracó al muelle los barcos mercantes españoles en disposición de embarcar tropas para ir al abordarlo y aguardó los acontecimientos...

La escuadra americana tuvo por conveniente no incomodar ni hacer nada. Triunfó la energía española de Burriel.

Pero estos son otros tiempos. La raza no ha degenerado, pero la organización política se ha podrido completamente, incapacitando al noble pueblo español para volver por su honor y por sus intereses. Hoy no hay en las esteras gubernamentales quien sea capaz de imitar á Burriel. Hoy no hay más que prudentes en el gobierno.

Así está todo!

Album de *La Voz*

Hubo un inglés (John Donan) que hizo escribir sobre su sepulcro las máximas siguientes:

«Recuerda siempre que el trabajo es inherente á la humanidad».

«El tiempo es oro: no pierdas un momento, ocíjalos todos».

«Oíra con los demás según quieran que oír en contigo».

«Jamás dejes para mañana lo que puedes hacer hoy».

«Nunca querías que otro haga aquello que tú puedes hacer».

«No codices».

«Jamás dejes ir, lo que no ha de volver».

«No gastes innecesariamente, produce».

«Que el mejor orden regule las acciones de tu vida».

«Aprende el modo de hacer la mayor suma de bien al prójimo».

» No te prives de lo que discretamente necesitas, pero vive con sencillez.

» No pienses en aquello que no puedes ni lo merezca contarle.

» Trabaja siempre, hasta el fin de tu vida».

## Semana Donostiarra

Cosas de la primavera y cosas de España. — El sistema parlamentario. — La fiesta de Santa Quiteria. — El teatro.

—Doña Perfecta. — Mot de la fin.

La primavera se resiste á mostrarse entre las espaldillas que cantan los poetas, y nadie dirá al ver el rugido de la vegetación y al sentir el fresco y los sopletes de días, que estamos á punto de juntarnos.

Los caseros no quieren más agua, porque los pastos están como deben, los sombrados están vigorizados y los manzanos lo que necesitan ya es mucho sol.

Feroz así son los costos de este mundo, que no se acuerda de que el aguacate, cada vez que se acuerda, se queja del exceso de agua, la industria se queja de la falta de agua, porque económicamente.

Es la primavera eterna de intereses y de costos, que se reflejan en la economía de los grandes organismos.

Nunca menos que ahora, se ha sido necesario la dominación conservadora, y, sin embargo, padecemos un Cádiz agudo e incurable.

En la otra parte, hemos acordado unas cortes vigorosas y resueltas para hacer frente á las intemperias de la tempestad yankee. Y nuestro Congreso va á ser una asamblea de niños góticos, dionisios y demás órdenes arquitectónicas en todas partes.

Aquí manos corderas. Allí cerdos vacaces.

Los pescadores han celebrado pacificadamente la tradicional fiesta de Santa Quiteria.

Mis días en que el barrio de la Jarana justifica su nombre, y en el que muchos de nuestros marinos dejan sus tareas para entregarse á la alegría.

La noche del viernes, en medio del bullicio del baile, vimos á un pescador bañado y agarrotado con una buena moza, y cuando la gente la estudiaba, decía él a un compañero suyo: «algo se pesca!»

Focas semana: casi al sol con tantos sucesos teatrales como ésta.

Cuatro funciones seguidas y cuatro éxitos de los grandes.

De los cuatro, con tener Juan José tan en la boca, se ha acordado María del Carmen su reputación tan legítima, ninguna ha producido en el público tanto éxito como la de Doña Perfecta.

Y es que en este país hay mucha Orobajosa, y muchas damas Perfectas y Marías de Río y Caballos.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constituida en paraje de una institución con quien la pseudo condesa que no tuvo nunca otro domicilio que un hotel amueblado, supo convencerse, gracias á sus aires de señora, de que iba a tomar tabaco.

Requerida por el magistrado para que dijese su nombre y su domicilio, declaró que habitaba en Saint Germain. Telegrafó a la policía: «¡Méjico!». Y la policía respondió: que Mme de Montellijos aparecía allí, un señor, al cual por identicos procedimientos que á la salchichera, había también establecido alguna cantidad.

Y el año anterior, en el cumpleaños de su amiga, la señora de Montellijos, que era una señora de 100.000 francos, constit